

IX



Habían transcurrido tres meses. El divorcio de Du Roy acababa de pronunciarse. Su mujer había tomado el nombre de Forestier y como los Walter debían partir el 15 de julio para Trouville, fué decidido que antes de separarse se pasaría un día de campo.

Se eligió un jueves y todos se pusieron en camino á las nueve de la mañana en un gran landó de viaje con seis asientos enganchado con cuatro caballos.

Debía almorzarse en San Germán en el pabellón de

Enrique IV. Buen Mozo había pedido ser el único hombre de la partida, porque no podía soportar la presencia ni la cara del marqués de Cazolles. Pero á última hora se acordó que el conde de Latour-Ivelin sería también de la gira, pues se le había ya prevenido la víspera.

El coche subió al gran trote la Avenida de los Campos Elíseos y después atravesó el bosque de Bolonia.

Hacía un tiempo admirable de estío, no muy caluroso. Las golondrinas trazaban en el cielo azul grandes líneas curvas que parecía como si se vieran todavía aún después que las aves habían pasado.

Las tres mujeres iban en el fondo del carruaje, la madre entre sus dos hijas y los tres hombres iban hacia atrás, Walter entre los dos invitados.

Se atravesó el Sena, se dió casi la vuelta al Mont-Valeriano y se ganó luego Bougival para bordear el río en seguida hasta Pecq.

El conde de Latour-Ivelin era un hombre un poco maduro, de patillas largas y claras, á las que el menor soplo de aire agitaba las puntas, lo cual hacía decir á Du Roy : « Este señor obtiene unos efectos deliciosos de viento con su barba. » Hacía un mes que era el prometido de Rosa y contemplaba á la joven con ternura.

Jorge estaba extremadamente pálido y miraba con frecuencia á Susana, que, pálida también, le miraba á su vez y al encontrarse los ojos de ambos parecían concertarse, comprenderse, cambiar secretamente un pensamiento. Después huían la mirada lo mismo él que ella. M^{me} Walter estaba tranquila y dichosa.

El almuerzo fué largo. Antes de regresar á París, Jorge propuso dar una vuelta por el terrado del pabellón. Todo el mundo celebró la admirable perspectiva que desde allí se descubre y, puestos en línea á lo

largo del muro, todos se extasiaron contemplando la extensión del horizonte. El Sena corría hacia Maisons-Laffitte, al pie de una larga colina, y parecía una inmensa serpiente acostada sobre verdura. Á la derecha, sobre la cumbre de la cuesta, el acueducto de Marly proyectaba en el cielo su enorme perfil de oruga de grandes patas, y el pueblo desaparecía por debajo en un espeso bosquecillo de árboles.

Por la inmensa planicie que se extendía enfrente, veíanse de trecho en trecho pequeñas aldeas, y las lagunas del Vesinet formaban manchas netas y claras por entre la escasa verdura del pequeño bosque. Á la izquierda, muy lejos, descubriáse en el aire el puntia-gudo campanario de Sartrouville.

— En ninguna parte del mundo, declaró Walter, puede encontrarse un panorama semejante. Ni en Suiza hay uno que se le parezca.

Luego salieron todos á dar un paseo y gozar de aquella perspectiva.

Jorge y Susana se quedaron detrás. Apenas estuvieron separados por unos cuantos pasos, Du Roy dijo en voz baja:

— Susana, yo la adoro á Vd. y la quiero hasta la locura.

— Yo también, Buen Mozo, murmuró ella.

— Si no consigo hacerla mi esposa, abandonaré París y hasta me iré al extranjero.

— Ensaye Vd. de hablar á papá. Tal vez le parezca bien.

Jorge hizo un pequeño movimiento de impaciencia:

— No, se lo repito á Vd. por la décima vez, es inútil. Se me cerrará la puerta de su casa de Vd., se me expulsará del periódico y no podremos ya ni siquiera vernos. Este es el único resultado que estoy seguro de

alcanzar si hago la petición en regla. La tienen prometida á Vd. al marqués de Cazolles, se espera que Vd. concluirá por decir « Sí, » y confiados en eso dejan pasar tiempo.

— ¿Qué es preciso hacer entonces? preguntó la joven. Du Roy vacilaba mirándola á hurtadillas:

— ¿Me ama Vd., le dijo, hasta cometer una locura?

— Sí, respondió la joven resueltamente.

— ¿Una gran locura?

— Sí.

— ¿La más grande de las locuras?

— Sí.

— ¿Tendrá Vd. valor bastante para no temer á su padre ni á su madre?

— Sí.

— ¿Pero de verdad?

— Sí.

— ¡Pues bien! ¡hay un medio, el único medio! Es necesario que la cosa salga de Vd., no de mí. Usted es la niña mimada, se la deja decir todo y nadie extrañará una audacia más de su parte. Escuche. Esta noche, así que lleguen á casa, va Vd. primero á ver á mamá, á mamá solamente, y le declara Vd. que quiere casarse conmigo.

Mamá experimentará una emoción extraordinaria y una gran cólera.

— ¡Oh! mamá aceptará seguramente, interrumpió Susana.

— No, dijo él vivamente. Usted no la conoce. Todavía se pondrá más incomodada y más furiosa que papá. Usted verá cómo rechaza nuestra unión, pero Vd. se mantiene firme sin ceder y repitiendo que sólo conmigo, nada más que conmigo se casará. ¿Lo hará Vd. así?

— Lo haré.

— Y una vez que haya dejado á mamá, le dice á papá lo mismo en tono muy serio y decidido.

— Sí, sí. ¿Y luego?

— Luego, y aquí está lo grave del asunto, si Vd. está bien resuelta, pero bien resuelta á ser mi esposa, entonces... mi querida niña, mi querida Susanita... yo... me la llevo á Vd.

La joven experimentó una gran sacudida de alegría y estuvo á punto de batir las palmas.

— ¡Oh! ¡qué felicidad! ¡Un rapto! ¿Cuándo, cuándo quiere Vd.?

Toda la vieja poesía de los raptos nocturnos, de las sillas de posta, de las posadas, todas las encantadoras aventuras de los libros pasaron entonces por su espíritu como un sueño presto á realizarse :

— ¿Cuándo, cuándo me arrebatará Vd.?

— Pues... está noche... esta noche misma.

— ¿Y dónde iremos? preguntó estremecida de júbilo.

— Ese es mi secreto. Reflexione bien sobre ello y piense en que después de esta huída no puede Vd. ser ya sino mi mujer. Es el único medio, pero es... es muy peligroso... para Vd.

— Estoy decidida. ¿Dónde he de encontrarle a Vd.?

— ¿Podrá Vd. salir del hotel sola?

— Sí, sé abrir la puerta pequeña.

— Pues bien, una vez que el portero esté acostado hacia media noche viene Vd. á unirse á mí á la plaza de la Concordia. Me encontrará Vd. dentro de un coche de plaza enfrente del ministerio de Marina.

— Iré.

— ¿De verdad?

— De verdad.

Jorge le tomó la mano y se la estrechó :

— ¡Oh cuánto la amo á Vd.! ¡Qué buena y qué valiente! ¿Entonces, Vd. no quiere casarse con Mr. de Cazolles?

— ¡Oh, no!

— ¿Y se incomodó mucho papá cuando Vd. dijo « no »?

— ¡Ya lo creo! como que quería mandarme de nuevo al convento.

— Ya ve Vd. cómo es necesario ser enérgica.

— Lo seré.

Susana miraba el vasto horizonte con la imaginación exaltada por la idea del rapto.

Iría mucho más lejos de todos aquellos sitios que descubría... iría con él... ¡Sería arrebatada por su prometido!... Estaba orgullosa del rapto de que iba á ser objeto, sin pensar apenas en su reputación ni en lo que podía sucederle de infame. ¿Lo sabía ella acaso? ¿Lo sospechaba?

M^{me} Walter se volvió y gritó :

— Pero, niña, ven aquí. ¿Qué es lo que haces con Buen Mozo?

Los dos se acercaron á los otros, y se habló entonces de los baños de mar para donde en breve iban á partir. Á fin de no hacer el mismo camino se volvieron á París por Chatou.

Jorge no decía una palabra, soñando para sus adentros mientras los demás hablaban.

« ¡Como la chiquilla tuviera un poco de audacia, él iba á triunfar al fin! » Desde hacía tres meses que la enía envuelta en la irresistible red de sus ternuras, la

seducía, la cautivaba, la conquistaba y se había hecho amar de ella del modo que él sabía hacerse amar de las mujeres. Sin esfuerzo se había apoderado de aquella alma ligera de muñeca. Primero había obtenido que rechazase á Mr. de Cazolles, y ahora acababa de obtener que se fugase con él, único medio de salir triunfante.

Sabía bien que M^{me} Walter no consentiría jamás en entregarle su hija, pues le amaba todavía y le amaría siempre con una violencia incurable.

Jorge la contenía con una frialdad calculada pero siempre la veía roída por una pasión impotente y voraz. Nunca podría doblegarla, jamás admitiría ella que él tomase á su hija. Pero una vez que tuviese lejos á Susana, ya trataría luego con el padre de potencia á potencia.

Pensando en todo esto, Du Roy contestaba con frases incompletas á cuanto se le decía, apenas si escuchaba, y sólo pareció que volvía en sí cuando entraron en París.

Susana soñaba también, y en su cabeza sonaban ya los cascabeles de los cuatro caballos que la conducían á lugares apartados, haciéndola ver carreteras interminables bajo los claros eternos de luna, y bosques sombríos que ella atravesaba, y hosterías al borde del camino, y con verdadero arrobamiento se imaginaba la precipitación con que los caleseros cambiarían de tiro, porque todo el mundo cree siempre, en casos análogos, que se le persigue.

Cuando el landó llegó al patio del hotel, Jorge fué todavía invitado á comer, pero rehusó y se fué á su casa, donde después de comer ligeramente se puso á ordenar sus papeles como si se dispusiese á hacer un gran viaje, quemó las cartas que le comprometían, ocultó otras y escribió á algunos amigos.

De tiempo en tiempo miraba al reloj de la chimenea y decía para sí :

— ¡Cómo estará ahora el hotel de Walter! Y una gran inquietud se apoderaba de su alma. ¡Si iría á fracasar! ¿Pero qué podía temer después de todo? Él saldría siempre del apuro.

Sin embargo, era una gran partida la que jugaba aquella noche.

Hacia las once salió de su casa, callejó un poco tiempo y por último tomó un coche y se hizo conducir á la Plaza de la Concordia, ordenando al cochero que parara á lo largo de las arcadas del ministerio de Marina.

De tiempo en tiempo encendía una cerilla para mirar la hora en su reloj. Cuando vió que se acercaba media noche, su impaciencia comenzó á ser mayor hasta convertirse en fiebre. Á cada momento asomaba la cabeza á la ventanilla para mirar.

Un reloj lejano sonó doce campanadas, á continuación sonó otro más cerca, luego dos juntos y otro por último muy lejos. Cuando éste concluyó de dar la última campanada, Jorge pensó :

« Se acabó, ha fracasado la cosa, ya no viene. » Sin embargo, estaba resuelto á permanecer allí hasta que fuese de día. En esos casos es preciso tener calma.

« Oyó todavía sonar el cuarto, luego la media, después



los tres cuartos, y todos los relojes repitieron la una de la noche como habían repetido antes las doce.

No esperaba ya y permanecía torturando su pensamiento para adivinar qué habría podido ocurrir. De pronto una cabeza de mujer pasó por la portezuela y preguntó:

— ¿Es Vd., Buen Mozo?

Jorge experimentó un sobresalto.

— ¿Es Vd., Susana?

— Sí, yo soy.

El periodista se acertaba á dar la vuelta á la empuñadura de la portezuela todo lo de prisa que deseaba, y repetía:

— ¡Ah!... es Vd....

es Vd.... entre.

La joven entró y se dejó caer contra Du

Roy, que dió orden al cochero de marchar. El coche se puso en camino.

La joven jadeaba sin hablar.

— ¿Y bien? ¿qué ha pasado?

— ¡Oh! escenas terribles, sobre todo con mamá.

El periodista estaba inquieto y tembloroso.

— ¿La mamá? ¿Qué ha dicho? Cuénteme.

— ¡Oh! Ha sido una cosa horrible. Apenas entré en



su habitación y la recité mi discurso, que le llevaba bien estudiado, palideció y gritó: «¡Jamás, jamás!» He llorado, me he incomodado y al prometerla que sólo me casaría con Vd., he llegado á creer que me pegaba. Se ha puesto como loca y ha declarado que mañana mismo me llevaban al convento. Jamás la había visto así á mamá. Papá ha llegado al oírlo decir tanto disparate. No se ha incomodado tanto como ella, pero ha declarado que Vd. no era un partido bastante ventajoso.

Como me habían puesto á mí también colérica, he gritado más fuerte que ellos. Papá me ha ordenado que saliera, por cierto con un tono dramático que no le cuadraba ni á cien leguas, y todo esto me ha decidido á huir con Vd. y aquí me tiene. ¿Dónde vamos?

Jorge había enlazado suavemente la cintura de la joven y la escuchaba con toda atención, al mismo tiempo que sentía despertarse en su alma un odio vengativo contra aquellas gentes. Pero la hija estaba en su peder. Ya verían ahora.

— Es ya demasiado tarde para tomar el tren, respondió Du Roy. Este coche nos conducirá á Sevres donde pasaremos la noche y mañana partiremos para la Roche Guyon. Es un viaje delicioso, á orillas del Sena entre Mantes y Bonnières.

— Pero el caso es que yo no tengo ropas, no he cogido nada.

— ¡Bah! respondió Jorge sonriendo y sin preocuparse de aquello: ya nos arreglaremos allí.

El coche rodaba, rodaba á lo largo de las calles. Jorge tomó una mano de la joven y se puso á besarla lentamente, con respeto. No se le ocurría nada que decirle, pues apenas si estaba habituado á ternuras

platónicas, pero de pronto creyó que Susana lloraba.

— ¿Pero qué es lo que tiene? mi querida niña, preguntó Jorge con terror.

— Pienso, respondió ella con voz llorosa, en mi pobre mamá que no debe dormir ahora si se ha enterado de mi salida.

Su madre, en efecto, no dormía.

Inmediatamente que Susana salió de su habitación, M^{me} Walter se había quedado frente á frente de su marido.

Desatinada, aterrada, loca, preguntó :

— ¡Pero, Dios mío! ¿Qué quiere decir esto?

— Eso quiere decir, gritó Walter furioso, que ese intrigante la ha engatusado y que es él quien ha hecho que rehuse á Cazolles. ¡Pardiez! ¡encuentra buena la dote!

Y se puso á pasear con rabia á través del apartamento.

— Luego, prosiguió Walter, tú le traías aquí sin cesar, le lisonjeabas, le adulabas, y todos los mimos te parecían pocos para él. Buen Mozo por aquí, Buen Mozo por allá, desde por la noche hasta por la mañana. Ahí tienes el pago.

— ¡Cómo! ¡yo... le atraía! murmuró M^{me} Walter lívida.

El viejo la voceó en la cara :

— Sí, ¡tú misma! Todas estáis locas con él, la Marelle, Susana y las demás. ¡Como si yo no hubiera visto que ni dos días siquiera podías dejar pasar sin hacerle venir aquí!

La señora se irguió trágicamente.

— No le permitiré á Vd. que me hable así. Olvida sin duda que yo no he sido educada como Vd. en una tienda.

Walter permaneció primeramente inmóvil y estupefacto, y después soltó un « ¡Voto á!... » y salió dando un portazo.

Así que la señora se encontró sola se acercó instintivamente al espejo para ver si su semblante había cambiado ¡tan imposible y monstruoso era para ella todo cuanto le ocurría! ¡Susana estaba enamorada de Buen Mozo! y ¡Buen Mozo quería casarse con Susana! No, aquello no era verdad, ella estaba equivocada. La chiquilla había sufrido un poco de encantamiento bien natural por aquel guapo muchacho, esperaba que se le darían por marido y había hecho la obstinada para conseguirlo. Pero él no podía ser cómplice de aquello...

Y turbada como ante las grandes catástrofes reflexionaba. No, Buen Mozo no debía saber nada de la locura de Susana.

Por bastante tiempo pensó en la perfidia y en la inocencia de aquel hombre. ¡Qué miserable si había preparado el golpe! ¿Qué sucedería? ¡Cuántos peligros y cuántos tormentos preveía!

Si Jorge no sabía nada, todo podía arreglarse. Se haría un viaje con Susana, un viaje de seis meses y todo concluiría. ¿Pero y ella misma? ¿cómo podría volver á verle en seguida? Porque le amaba siempre del mismo modo. Aquella pasión había entrado en ella á la manera de esas puntas de flecha que no se pueden luego arrancar.

Vivir sin él le era imposible. Valía tanto morir.

Su pensamiento se extraviaba en aquellas angustias é incertidumbres, y comenzaba á sentir en la cabeza un dolor fino como un pinchazo. Sus ideas se le hacían penosas, la perturbaban, le hacían daño y la exasperaba el no saber nada. Mirando al reloj de la chimenea, vió que era la una pasada. « Yo no puedo permanecer

así, me vuelvo loca. Es preciso que sepa todo. Voy á despertar á Susana para preguntarla.»

Y se dirigió á la habitación de la joven, con una bujía en la mano y descalza para no hacer ruido. Abrió suavemente la puerta, entró y miró á la cama que no estaba deshecha. En el primer momento no comprendió y supuso que la chiquilla discutía aún con su padre. Pero inmediatamente la asaltó una sospecha horrible, y corrió apresuradamente á la habitación de su marido, el cual estaba acostado y leía todavía.

Walter preguntó azorado :

— ¿Qué es ello? ¿qué te ocurre?

— ¿Has visto á Susana? haluceó su mujer.

— ¿Yo? No, ¿por qué?

— ¡Oh ha... partido! No está en su habitación.

El viejo saltó de un brinco á la alfombra, calzó sus pantuflas y, sin calzoncillos, con la camisa al viento, se precipitó á su vez hacia el apartamento de su hija.

Así que lo vió, no conservó la menor duda. Había huído.

Walter se tiró en una butaca y puso el quinqué por el suelo, delante de él.

Su mujer se le acercó tartamudeando :

— ¿Y bien?

El banquero no tenía fuerzas para responder y ni siquiera sentía ya cólera.

— Está visto, gimió. Du Roy la tiene en su poder. Estamos perdidos.

— ¿Cómo perdidos? dijo ella sin comprender.

— Sí, ¡pardiez! perdidos. Ahora es preciso que se case con ella.

Madama Walter lanzó un grito de bestia :

— ¡Él! ¡jamás! ¿Tú estás loco?

— No sirve de nada gritar, respondió el viejo tristemente. Él nos la ha robado y la ha deshonrado. Lo mejor es todavía dársela y procediendo con calma nadie sabrá la aventura.

La señora repitió sacudida por una emoción terrible :

— ¡Eso jamás! Jamás él tendrá á Susana. Jamás lo consentiré.

Walter murmuró abrumado :

— Pero el caso es que la tiene. Esto es un hecho y la guardará y la esconderá mientras nosotros no cedamos. Por lo tanto y á fin de evitar el escándalo, lo que conviene es ceder en seguida.

M^{me} Walter repetía desgarrada por un dolor inconfesable :

— No, no, jamás consentiré.

— Pero no hay ya para qué discutir, volvió á decir el viejo impacientándose. Es preciso. ¡Ah! ¡miserable! cómo nos ha burlado. Hay que convenir, sin embargo, en que es fuerte. Habríamos podido encontrar como posición algo mucho mejor pero no como inteligencia y como porvenir. Será diputado y ministro.

M^{me} Walter protestó con feroz energía.

— Jamás le dejaré casarse con Susana... ¿Lo oyes? Jamás.

Walter concluyó por incomodarse y tomar, como hombre práctico que era, la defensa de Buen Mozo.

— Pero cállate si quieres... Te repito que es necesario... absolutamente necesario ceder y ¡quién sabe! tal vez no tengamos por qué arrepentirnos. Con hombres de este temple no se sabe jamás lo que puede ocurrir. Ya has visto cómo ha echado abajo con tres artículos á ese majadero de Laroche-Mathieu y cómo lo

ha hecho con dignidad, lo cual era enormemente difícil en su situación de marido. En fin ya veremos. Lo cierto es que estamos prisioneros y no podemos salir del trance sino cediendo.

La señora sentía ganas de gritar, de tirarse al suelo, de arrancarse los cabellos, y todavía agregó con voz exasperada :

— No, no la tendrá... Yo... no... quiero.

Walter se levantó, recogió su quinqué y repuso :

— Eres, como todas las mujeres, estúpida. Nunca obráis sino por pasión. No sabéis plegaros á las circunstancias... Sois enteramente estúpidas. Yo te digo que se casará... Es indispensable.

Y salió arrastrando sus pantuflas. Lo mismo que un fantasma de comedia en camisa de dormir, atravesó el ancho corredor del tranquilo y espacioso hotel y entró en su habitación sin ruido.

M^{me} Walter permanecía de pie desgarrada por un dolor intolerable. Todavía no se daba cuenta exacta de las cosas, lo único que hacía era sufrir. Después pensó en que no podía permanecer allí inmóvil hasta el día, sentía un deseo violento de escapar, de correr delante de sí, de huir en busca de socorro y de ser socorrida.

Daba vueltas en su imaginación pensando á quién se dirigiría, qué hombre podría ayudarla, y no lo encontraba. ¡Un sacerdote! ¡Sí, un sacerdote! Se arrojaría á sus pies, le diría todo, le confesaría su falta y su desesperación. El sacerdote comprendería que aquel miserable no podía casarse con Susana é impediría que el matrimonio se llevase á cabo.

Necesitaba un sacerdote y lo necesitaba en seguida. ¿Pero dónde encontrarle? ¿adónde ir? Sin embargo no podía permanecer así.

Entonces pasó delante de sus ojos, como pasa una visión, la imagen serena de Jesús caminando sobre las olas y le vió como le veía en el cuadro, y le parecía que la llamaba y le decía : « Ven á mí, ven á arrodillarte á mis pies. Yo te consolaré y te inspiraré acerca de lo que conviene hacer. »

M^{me} Walter tomó su bujía, salió de la estancia y bajó para dirigirse al invernadero. El Cristo estaba á lo último, en un pequeño salón que se cerraba por una puerta vidriera á fin de que la humedad de las tierras no deteriorase el lienzo.

Aquello resultaba una especie de capilla en un bosque de árboles singulares.

Cuando M^{me} Walter entró en el jardín de invierno, como no lo había visto sino lleno de luz, se sobrecogió en aquella oscuridad profunda. Las pesadas plantas de los países cálidos espesaban la atmósfera con su aliento, y como las puertas no se abrían ahora, el aire de aquel extraño bosque encerrado bajo una cúpula de vidrio entraba con dificultad en el pecho, y aturdió, embriagaba, causaba placer y daño y producía en la carne una sensación confusa de voluptuosidad debilitante y de muerte.

La pobre señora caminaba despacio, emocionada ante aquellas tinieblas de donde á la luz errante de su bujía se destacaban plantas extravagantes, con aspecto de monstruos, apariencias de seres, deformidades singulares y raras.

De repente divisó el Cristo y, abriendo la puerta que le separaba del cuadro, cayó de rodillas.

Primeramente oró desatinada y loca, balbuceando frases de amor, invocaciones apasionadas y desesperadas. Después y una vez calmado el ardor de su llama-

miento, levantó hacia Él los ojos y permaneció embargada de angustia. De tal manera encontraba entonces el parecido del Cristo con Buen Mozo, que á la temblorosa claridad de aquella única luz, que apenas si iluminaba la parte baja del cuadro, no era ya Dios sino su amante quien la miraba.

Eran sus mismos ojos, su frente, la expresión de su semblante, su aire frío y altivo.

La señora balbuceaba : « ¡ Jesús ! — ¡ Jesús ! — ¡ Jesús ! » y el nombre Jorge asomaba á sus labios. De pronto pensó en que tal vez á aquella misma hora Jorge poseía á su hija, que estaba solo con ella en alguna parte, en una alcoba... ¡ Él, él, con Susana !

Y repetía : « ¡ Jesús !... ¡ Jesús ! » pero pensando siempre en ellos... ¡ en su hija y en su amante ! Estaban solos en una habitación... y de noche... Ella los veía y los veía tan claramente que surgían ante sus ojos en lugar del cuadro que tenía delante. Se sonreían, se besaban, la habitación estaba sombría, la cama entreabierta... M^{me} Walter se levantó para ir hacia ellos, para tomar á su hija del pelo y arrancarla de aquel abrazo.

Y avanzando, avanzando, iba á coger á su hija por la garganta, á estrangular á la hija á quien odiaba, á la hija que se entregaba al hombre á quien ella amaba. Ya la tocaba... pero sus manos encontraron el lienzo y sus pies tropezaron con los pies del Cristo.

En aquel instante lanzó un grito y cayó de espaldas, y la bujía se apagó al invertirse en la caída.

¿ Qué pasó en seguida ? Largo tiempo soñó cosas extrañas, espantosas. Jorge y Susana pasaban siempre delante de sus ojos, enlazados con Jesucristo que bendecía su amor horrible. Sentía vagamente que no estaba en su casa, quería levantarse y huir, pero no po-

día. Habíala invadido un entorpecimiento grande que ligaba sus miembros y no la dejaba otra cosa libre que



su pensamiento, torturado por horribles imágenes, sin realidad, fantásticas, perdido en ese sueño malsano y extraño, mortal algunas veces, que las plantas adadoras de los países calidos, esas plantas de formas ori-

ginales y de perfumes espesos, hacen entrar en los cerebros humanos.

Al despuntar del día se recogió á M^{me} Walter tendida, sin conocimiento y casi asfixiada al pie de « Jesús caminando sobre las olas » y tan enferma estuvo que llegó á temerse por su vida.

No recobró el uso completo de su razón hasta el día siguiente y al recobrarlo cayó en profundo llanto.

La desaparición de Susana se les explicó á los criados diciéndoles que había tenido que ir al convento, y Mr. Walter respondió á una larga carta de Du Roy acordándole la mano de su hija.

Buen Mozo había depositado aquella carta en correos en el momento de dejar París, pues ya la tenía preparada de antemano, desde el día antes de su partida. En términos respetuosos le decía que desde mucho tiempo amaba á su hija, que jamás ningún acuerdo había existido entre ambos, pero que al verla venir á él en toda libertad para decirle : « Yo seré la mujer de Vd., » se juzgaba autorizado para guardarla, y hasta para esconderla hasta que hubiese obtenido una respuesta de sus padres cuya voluntad legal tenía para él menos valor que la voluntad de su prometida.

Pedía á Mr. Walter que le respondiese á la lista de correos, pues un amigo estaba encargado de hacer que la carta llegase á sus manos. Una vez que Du Roy obtuvo lo que deseaba, volvió con Susana á París y la envió á casa de sus padres, absteniéndose él de parecer por la casa antes de que transcurriese cierto tiempo.

Habían pasado seis días á orillas del Sena en La Roche-Guyon.

Jamás la hija del banquero se había divertido tanto, su vida era la vida de una pastorita. Como Du Roy la

había hecho pasar por su hermana, vivían en una intimidad libre y casta, una especie de camaradería amorosa. Jorge juzgaba hábil respetarla. Al día siguiente de su llegada, la joven compró ropa blanca y vestidos de campesina y se entretenía pescando con caña, cubierta la cabeza con un enorme sombrero de paja adornado de flores campestres. Susana encontraba aquel país delicioso, y visitaba con frecuencia una vieja torre y un castillo antiguo donde existían tapicerías admirables.

Jorge paseaba á Susana á lo largo de los ribazos, unas veces á pie y otras en bote, vestido con una chaqueta que compró ya hecha en casa de un comerciante del país. Ambos se besaban á cada momento temblorosos de felicidad, ella inocente y él á punto de sucumbir. Pero el periodista sabía ser fuerte.

El día que recibió la carta de Walter y dijo á la joven : « Mañana nos volveremos á París, su padre Vd. accede á mi petición, » murmuró ella candorosamente :

— « ¿ Ya ? ¡ Tanto como me divertía ser su mujer ! »

